

Ernest Mandel

En el Aniversario de la Revolución Rusa de 1917

Tres Lecciones de Octubre

[El siguiente es un artículo publicado en los números del 2 y 9 de noviembre de 1977 del semanario *Combate*, órgano del Comité Central de la Liga Comunista Revolucionaria, organización española simpatizante de la Cuarta Internacional

Es moda atacar el leninismo. El revisionismo de los partidos llamados eurocomunistas les llevará, a no tardar, a distanciarse oficialmente de Lenin y del leninismo, como ya lo ha hecho de la dictadura del proletariado. Por lo que hace a los partidos maoizantes, aunque sigan invocando verbalmente la herencia leninista, su práctica de colaborar con partidos de la llamada “burguesía nacional” o “liberal” muestra que, al igual que los estalinistas clásicos, hace tiempo que han roto con la verdadera esencia del leninismo. Para las distintas variedades de espontaneísmo, el leninismo es la verdadera imagen del mal.

También los intentos que realizan actualmente tanto algunos comunistas oficiales e intelectuales de izquierda como algunos “contestatarios” marxistas del Este por dar una explicación “objetivista” al fenómeno estaliniano suelen ir acompañados de una puesta en cuestión del leninismo, cuando no de la legitimidad histórica de la revolución socialista de Octubre. Si, ciertamente las “condiciones objetivas” de 1917 no podían por menos que granar en una dictadura de la burocracia y en la “superexplotación del proletariado”, los bolcheviques eran utópicos inconscientes, en el mejor de los casos, y aventureros criminales en el peor.

Esto es precisamente lo que los menchiviques no se hartaron de repetir a lo largo de la revolución rusa. Por una muy extraña paradoja, el menchevismo triunfa hoy en los partidos comunistas “oficiales”, precisamente cuando ha desaparecido ya prácticamente como corriente organizada en el seno de la emigración rusa (por no hablar de la Unión Soviética).

La Cuarta Internacional, heredera teórica, política y organizativa del leninismo clásico, nada resueltamente contra la corriente de todas estas tendencias, que revisan la historia de forma irresponsable, ligera y no científica. Defiende la legitimidad de la revolución de Octubre, no por piedad sentimental o por conservadurismo teórico, tradicionalista, ni por miedo a someter a la más implacable crítica los actos de las distintas revoluciones de nuestro siglo. Su valor en este campo lo ha demostrado con harta mayor firmeza que cualquier otra tendencia. La Cuarta Internacional defiende esa legitimidad porque está convencida de que responde a una apreciación científica de lo que es la historia de las luchas de clase a escala mundial durante los sesenta últimos años. Toda polémica que se pierda en vagas abstracciones es estéril a este fin. Nuestra defensa se apoya en el estudio crítico de los hechos, en hechos tomados en su totalidad, a escala mundial.

I

Conviene decirlo una y otra vez: los bolcheviques no tomaron el poder porque tuvieron ilusiones de que “Rusia estaba madura para el socialismo”. Ningún marxista ruso, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda del abanico de innu-

merables tendencias en que se hallaba repartido el movimiento obrero del imperio zarista, defendió jamás —antes, durante o inmediatamente después de la revolución de Octubre— tan absurda idea. Los bolcheviques tomaron el poder para empujar la revolución socialista mundial.

Su tesis fundamental era que el mundo imperialista estaba maduro para el socialismo, que la cadena imperialista había de romperse por su eslabón más débil. El deber del proletariado que se encontrase en mejores relaciones de fuerza en el seno de su propio país era la conquista del

poder a fin de favorecer con ello el avance de la revolución mundial.

A esto, los mencheviques y todos los demás adversarios de la revolución de Octubre replicaban que el proletariado victorioso en tal país tendría que enfrentarse inexorablemente con la intervención de la burguesía internacional, que arrastraría así pruebas y sacrificios insoportables, que se embarcaría en una absurda aventura. Sólo cuando los proletarios de los países más importantes estuviesen preparados para avanzar, más o menos de consumo, hacia la toma del poder, podría ésta estar a la orden del día.

Esta es, casi palabra por palabra, la argumentación básica con la que “eurocomunismo” y demás neoreformistas actuales declaran absolutamente imposible toda revolución socialista en Europa Occidental. “Washington no lo toleraría”, “ahí está la OTAN [Organización del Tratado del Atlántico Norte]”, “la situación internacional señala los límites de nuestras posibilidades”, “en realidad, no somos independientes”, etc. Sustitúyanse la OTAN por el Kaiser y el mariscal Foch; el imperialismo americano por los mismos viejos argumentos justificatorios de un mismo ciego fatalismo, la misma apología de pasividad y capitulación, tanto en 1917 como en 1977.

La respuesta de Lenin y Trotsky a los argumentos mencheviques conserva intacto hoy todo su valor. Si lo decisivo son “las relaciones de fuerza a escala mundial”, ¿qué mejor medio está al alcance del proletariado ruso (o alemán, o italiano, o francés o español, según cada momento histórico) para modificar estas relaciones de fuerza en beneficio de sus hermanos de clase a escala internacional que utilizar unas relaciones de fuerza excepcionalmente favorables en su propio país para conquistar el poder en un momento en que es objetivamente posible, para utilizar esta toma del poder y sus repercusiones políticas, morales y materiales a favor del ascenso del proletariado de los demás países?

Esto es precisamente lo que hicieron los bolcheviques. Para ello, sacrificaron sin dudar los “intereses nacionales” rusos, llegando a ceder a la paz de Brest Litovsk. El resultado fue espectacular: aumento de huelgas en la industria alemana y austríaca desde enero de 1918; revolución en Alemania, Austria, Hungría, Finlandia a final del mismo año; crisis revolucionaria en Italia en 1919-1920, sin hablar del entusiasmo y la radicalización que se apoderaron de la clase obrera de prácticamente todos los países europeos y del impulso formidable que la revolución de Octubre supuso para el despertar de los pueblos de Oriente, de Asia entera.

Los testimonios históricos son irrefutables. El propio jefe del ejército imperial, el general Ludendorf, admite en sus memorias que fue la “propaganda bolchevique” lo que desarmó al ejército alemán, facilitando con ello el estallido de la revolución. El análisis detallado de las repercusiones de la revolución rusa sobre la radicalización de la vanguardia obrera alemana y austríaca y sobre la politización de amplias masas en esos dos países no deja la menor duda de que la revolución rusa tuvo un papel decisivo como acelerador y detonador de la revolución alemana.

Pero, cabría replicar, no por ello fue ésta menos derrotada. Nuestra respuesta es: no fue derrotada como resultado de “relaciones de fuerza desfavorables” o de “la potencia del ejército aliado”. Fue derrotada como consecuencia del deliberado designio socialdemócrata de anegarla en sangre.

En diciembre de 1918 habría podido triunfar prácticamente sin derramamiento de sangre. El congreso de los consejos obreros y de soldados era la única autoridad reconocida en el país. Ebert y Noske destruyeron deliberadamente el naciente poder obrero. Deliberadamente reconstruyeron el ejército contrarrevolucionario que se había hundido en noviembre. Deliberadamente desarmaron al proletariado. Deliberadamente organizaron la “contrarrevolución democrática” (con los mismos argumentos que los mencheviques: “nos moriríamos de hambre”, “el capital internacional no lo toleraría”, etc., etc.).

En la primavera de 1919, tan sólo algunos centenares de kilómetros separaban al Ejército Rojo bávaro, al Ejército Rojo húngaro, al Ejército Rojo ruso. Sobre esos centenares de kms. gobernaban los socialdemócratas austríacos y checoslovacos. Deliberadamente les impidieron reunirse, lo que habría permitido el triunfo de la revolución socialista en toda Europa central y oriental, del Rin a los Urales casi sin lucha. El ejército francés, que había conocido ya las sacudidas de los motines en la flota del Mar Negro, carecía de capacidad para oponerse a esta grandiosa maniobra. El precio pagado por esta opción deliberada se mide en sangre, en desastres políticos, en consecuencias incalculables. Se llama Horthy, Mussolini, Hitler, Franco, Munich, la Segunda Guerra Mundial. Ha costado a la humanidad no menos de 60 millones de muertes.

Ese precio tiene también por nombre Stalin. Sin la deliberada traición de la revolución socialista por la socialdemocracia alemana en 1918, Stalin jamás hubiera existido, pues las “condiciones objetivas” de la unión de las repúblicas socialistas alemana, austríaca, húngara, checoslovaca y rusa (para pararnos en los casos más evidentes) estaban más que “maduras para el socialismo”. Stalin es hijo legítimo de Noske-Ebert-Scheidemann-Renner, de los jefes de la socialdemocracia austriaca y alemana, y no de Lenin o del leninismo.

La lección es particularmente válida en la actualidad, tras la especialmente trágica confirmación de 1936. En España, los adversarios de la revolución socialista volvieron a invocar una “situación internacional desfavorable” para justificar el aplastamiento del impulso revolucionario de las masas. Ya sabemos en qué paró todo esto: en la derrota ante Franco, en la catástrofe de 1940, en la ocupación de Europa entera, hasta la frontera soviética, por Hitler-Mussolini, pese a que en 1936 los nazis no tenían más que una división blindada, Inglaterra y Estados Unidos estaban desarmadas, Francia se hallaba en el umbral de la revolución, en tanto que el Ejército Rojo (antes de ser decapitado por Stalin) era el más poderoso de Europa. . . La “situación internacional”, por cierto, no mejoró tras el aplastamiento de la revolución en 1936.

II

La situación objetiva, la estructura de clases de Rusia en 1917 es incomprensible si se utilizan criterios mecanicistas simples. País atrasado, a fé que lo era; pero también era la cuarta potencia imperialista de mundo. ¿Monarquía semifeudal? Sí, pero al mismo tiempo tenía un proletariado más numeroso y concentrado que el de Francia e Italia. ¿Aplastante mayoría campesina en el seno de la población activa? Sí, pero al tiempo, ese campesinado no podía convertirse en una fuerza política autónoma, centralizada, independiente de la burguesía y del proletariado. Esta extraordinaria mezcla de factores aparentes o realmente contradictorios no podía ser comprendida sino por la ley del desarrollo desigual y combinado, descubierta por Trotsky.

Esa ley es la base sobre la que Trotsky pudo formular su teoría de la revolución permanente que, ya en 1906, le permitió hacer la siguiente predicción, que Octubre se encargaría de confirmar: en ciertas condiciones, el proletariado puede llegar al poder en un país relativamente atrasado antes de hacerlo en los más desarrollados, precisamente porque puede apoyarse sobre la movilización de la inmensa mayoría del campesinado hambriento de tierra (y, añadamos, en 1917, de la paz ya).

La teoría de la revolución permanente no niega el papel central de las tareas históricas de la revolución nacional-burguesa en los países relativamente atrasados. Afirma que, desde el comienzo de la era **imperialista**, tales tareas no pueden ser realizadas por ninguna revolución que se haga bajo la dirección de la “burguesía nacional” o bajo una alianza de clases en la que se integre la burguesía. Proclama que tales tareas no pueden ser realizadas más que por la alianza del campesinado y del proletariado, *bajo la hegemonía política del último*.

La cuestión apunta en definitiva al tipo de estado (y, por tanto, al tipo de ejército) que puede llevar esa revolución a la victoria. Lo que la teoría de la revolución permanente afirma es,

pues, lo siguiente: o bien el proletariado, conquistando la hegemonía sobre las masas campesinas, conquista el poder político, crea un estado obrero, con lo que la revolución podría vencer y resolver por completo las tareas de la revolución democrática-burguesa; o bien el proletariado se deja arrastrar a una “política de alianzas” con la burguesía, que comenzará por frenar, para terminar por aplastar en la sangre, el proceso revolucionario. En tal caso, triunfará la contrarrevolución y tampoco quedarán resueltas las tareas de la revolución nacional-burguesa.

Negativamente, así lo han corroborado 1927 en China, 1936-39 en España, 1962 en Brasil, 1965 en Indochina y 1973 en Chile para no tomar más que los ejemplos más espectaculares y trágicos (de nuevo la misma conclusión: millones de muertes y el movimiento obrero y campesino con un retroceso de decenios). Positivamente se ha confirmado en Rusia 1917, Yugoslavia 1945, China 1949, Cuba 1959-62, en Vietnam más tarde.

No hay un sólo ejemplo histórico de una “tercera vía” (la famosa “vía de desarrollo ni capitalista ni socialista de los pueblos del tercer mundo” tan cara a Kruschev-Brezhnev-Mao), es decir, una revolución triunfante que verdaderamente haya liberado a las masas campesinas sin instaurar la dictadura del proletariado. Los teóricos maoístas han tenido que hacer toda clase de filigranas para encajar la realidad de la tercera revolución china, la que venció en 1949, en los esquemas teóricos semimencheviques y semikruschevianos de Mao Tsetung. Según ellos, en China se habría producido una “revolución ininterrumpida por etapas”. Pero con ello se han revelado incapaces de responder a la pregunta más simple del mundo: *¿cuál es la naturaleza de clase* en la República Popular China que Mao proclamó en octubre de 1949 desde lo alto de la plaza de TieAn-Men?

Lenin *descartó* por completo la posibilidad de un “ejército campesino” o de un “estado campesino”. Más firmemente aún excluía la posibilidad de un “estado de varias clases”. Lo que Mao instauró ¿era un estado burgués? ¿Cómo puede convertirse un estado burgués, sin la mediación de una nueva revolución social, en una dictadura del proletariado? Y, si la dictadura del proletariado existía ya en China en 1952-53, *sin solución de continuidad* con el estado y el ejército de 1949, ¿no parece claro que ya desde octubre de 1949 existía en China la dictadura del proletariado, por muy burocratizada que estuviese desde sus inicios?

Por más que Mao encarcelase a los trotskistas, la teoría de la revolución permanente triunfó en China gracias a las “correcciones” pragmáticas de la línea mantenida por el PCCh en 1946-47. El veredicto histórico es inapelable.

La confusión nace cuando se confunde *la naturaleza de clase del estado* con la realidad en el sentido más inmediato. Desde el *Manifiesto Comunista*, la dictadura del proletariado se define por su capacidad de hacer “*incursiones despóticas en el terreno de la propiedad privada*”, no por el intento de abolirla de un plumazo. No se trata sólo de comprender la autonomía relativa del poder de estado, elemento constitutivo de la teoría del materialismo histórico. Se trata, sobre todo, de comprender la diferencia esencial, cualitativa, entre un estado que *defiende* histórica y socialmente la propiedad privada y un estado que la *abole*, aún cuando pueda hacerlo por etapas y con los virajes dictados por la coyuntura y las exigencias tácticas.

III

Confirmada la experiencia histórica de la revolución de 1905 y la más lejana de la Comuna de París, la revolución de Octubre demostró que los *consejos de trabajadores*, de campesinos, de soldados y de otros sectores de las masas populares son la forma natural de organización del proletariado durante la revolución proletaria y la forma natural de organización del poder obrero bajo la dictadura del proletariado. Esa forma nace naturalmente de movimientos de masa impetuosos en situaciones verdaderamente revolucionarias. Esa forma de organización corresponde a la naturaleza profunda, social, del proletariado tal y como brota de la sociedad burguesa en el preciso momento en que alcanza la plenitud de su conciencia de clase y la

mayor amplitud en su capacidad de combate y organización.

Es triste tener que recordarlo: hasta el mismo Kautsky senil y revisionista de 1919 lo había comprendido, mientras que los dirigentes eurocomunistas y muchos maoizantes tiran hoy esta enseñanza histórica por la borda.

¿Se trata, para nosotros, de una “copia dogmática del modelo ruso”, esa acusación consabida que tantos revisionistas arrojan contra los marxistas revolucionarios de hoy? Nada tan inexacto.

¿Eran “rusos” los *Räte* de la revolución alemana de 1918, los *consigli di fabbrica* de Italia en 1919-20, los *shop-stewards committees* británicos, los *Betriebsrate* alemanes de 1923, los comités de Cataluña (y de otras partes de la España republicana) en julio-agosto de 1936? ¿Eran “rusos” los consejos obreros de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en el momento culminante de la “primavera de Praga”, los consejos de delegados resucitados espontáneamente con el ascenso de las luchas obreras en Italia 1969, los mismos consejos de delegados surgidos en España hoy o los comités aparecidos en Portugal en 1975?

Se replicará: en ningún sitio se han transformado en verdaderos soviets, como los de Rusia en 1917. Tal objeción sólo es verdadera en parte (no se aplica completamente al caso alemán de 1918 ni al catalán de julio-agosto 1936). Pero aunque fuera verdadera no sería válida. Su contenido histórico se reduciría a lo siguiente: en cada revolución verdaderamente proletaria, los trabajadores tienden espontáneamente a formar consejos obreros (soviets). Pero éstos no siempre consiguen centralizarse, derrocar el poder de estado burgués, es decir, vencer. A menudo, se quedan en estado de embrión. Pero sin soviets no hay revolución pese a que la revolución proletaria no ha de triunfar necesariamente por la existencia de soviets. Es preciso además una dirección revolucionaria adecuada, es decir, un partido leninista.

Tampoco en este aspecto el veredicto de la historia admite réplica. Nunca en ningún sitio el proletariado ha conseguido tomar el poder, expropiar a la burguesía, romper el aparato represivo burgués en el marco de las instituciones parlamentarias, que son instituciones del estado burgués. Quien *contrapone a la autorganización del proletariado* como clase dominante las **instituciones de democracia** parlamentario-burguesa plantea, en el mejor de los casos, una quimera, y, en el peor, se transforma en organizador **consciente y premeditado de la contrarrevolución burguesa** en un momento en que las masas están creando sus propias estructuras de tipo soviético. Es la opción desgarradora con la cual habrán de enfrentarse todos los cuadros del PCE [Partido Comunista de España] y del PSOE [Partido Socialista Obrero Español] cuando se dé el próximo ascenso revolucionario en España.

La experiencia trágica y sangrienta del stalinismo ha introducido una enorme confusión en el espíritu del proletariado y de la pequeña burguesía de Occidente a estos efectos. Se ha querido presentar las cosas como si de la elección entre más libertades democráticas (democracia burguesa) y menos libertades (sistema soviético) se tratase. La propaganda oficial del Kremlin facilita la empresa de falsificación burguesa, al desarrollar tesis tan absurdas como “el derecho al trabajo importa más que la libertad de crear partidos políticos” (como si ambas cosas se excluyesen sin poder ser combinadas) o que “las libertades liberal-individualistas (sic) son superadas por la revolución socialista” (como si la superación no implicase la conservación y extensión de los derechos políticos de las masas).

Tras la experiencia traumatizante del proletariado internacional con el fascismo y el stalinismo, la defensa y afirmación de sus libertades *políticas* le resultan aún más importantes. No creemos que ello suponga una regresión o una “ruptura con la tradición de la revolución de Octubre”. La Rusia posterior a Octubre era el país más libre del mundo para la inmensa mayoría de las masas populares, *incluso en el terreno del pluralismo político, ideológico y cultural*. Por el contrario, para nosotros, ese fenómeno es un avance en la toma de conciencia antiburocrática de las masas, un gran progreso, un triunfo de la lucha que los

trotskistas hemos mantenido prácticamente solos durante treinta años.

El socialismo de los consejos obreros, el Octubre mundial, no será sólo una sociedad sin paro [desempleo] ni crisis económicas, de autogestión planificada de los productores, de liberación de las nacionalidades oprimidas, de las mujeres, de los jóvenes, una sociedad de la que se habrá extirpado de raíz el subdesarrollo y en la que el equilibrio ecológico será protegido y restaurado. Será también un socialismo en el que un sistema pluripartidista, la libertad política e individual, las garantías contra los abusos policíacos y de la justicia, el pluralismo cultural y artístico se desarrollarán mucho más de cuanto se haya hecho en régimen burgués en el pasado.

Otro “socialismo” es inconcebible si ha de contar con el apoyo de la mayoría de los asalariados de Occidente. Tal socialismo, el socialismo de los consejos elegidos libre y democráticamente por las masas populares, acabará por triunfar en Europa y en el mundo, confirmándose así la validez del “modelo” de la revolución de Octubre.

1 de octubre de 1977